

de «Una Rosa y un Harapo,» novela victorhuguesa que le donó mucho nombre, y a quien yo conocí, ya viejo efectivo, arrastrando su senectud y sus escepticismos por la redacción de los periódicos ultra-rojos del año 84; Rivera y Río, Juan Pablo de los Ríos; Pedro Castera, cuya «Carmen» le bebió los alientos a la «María» de Jorge Isaacs, y por ende alcanzó larga vida y aplausos no cortos; José Rosas Moreno, a quien siempre hallé parecido, más en la finalidad que en la forma, con Edmundo d'Amicis; Porfirio Parra, Roa Bárcena, Alfredo Chavero, Manuel Sánchez Mármol, Marroqui, Vicente Morales, Frías y Soto, Pepe Negrete, Bernardo Couto, Arriaga, el vulgarizador científico a la manera de Flammarion y Julio Verne... Y ciento más, que callo adrede, porque su enumeración sería interminable, y lo que es peor, inexpresiva. Sépase, pues, que todos llevaron su contingente; el de los unos, brillante y duradero, el de los otros, efímero y opaco; mas contingente al fin, y muy apreciable, dado que abraza todas o casi todas las subdivisiones de la novela.

Ignacio Manuel Altamirano contribuyó con porción de elementos, tan trascendentes y valiosos algunos de ellos, que bien puede disimularse no ocupe, como novelista, uno de los primeros lugares. De las pocas novelas que escribió, llévase la palma «El Zarco,» que es bella, sincera, y muy mexicana, medularmente mexicana, virtud que no adorna a «Clemencia,» por mucho que de mexicanísima presuma. Yo téngola por falsa y un tanto amanerada, en lo que se diferencia de «El Zarco,» que es honrada y espontánea si las hay. Pero Altamirano no ha menester para la fama de que merecidamente gozó y seguirá gozando en la historia del incipiente desenvolvimiento de nuestras letras, del dictado de gran novelista; luce en cambio otros mil para que se le considere y dipute uno de nuestros primeros intelectuales. Desentiéndome, pues no hace al caso aquí, de sus indisputables méritos como orador, soldado y hombre público; me basta y sobra con los que poseyó en su faz de sembrador de ideas, y de protector de ingenios juveniles, en los que ejerció atracción marcada y bienhechora. Luis Urbina ha dicho de él: «... que este hombre sabio y generoso agrupaba en su derredor a los principiantes, los empollaba. «ensayábales los primeros vuelos, entreteníase en abrir las alas de esos pajarillos implumes que comenzaban a dar los primeros píos «literarios; era experto, y lanzó fuera del nido a dos generaciones «de aves líricas...» Nada hay más exacto, ni nadie, con mejor derecho que el suyo, para adjudicarse y llevar digna y gloriosamente, hasta después de muerto, el dulce título de «Maestro» con

que por antonomasia lo llamamos aun los que no pudimos ser sus discípulos directos. Maestro fué desde muy temprano, y maestro continuó siéndolo hasta en el voluntario destierro consular en que se apagó la intensa y útil flama de su vida. De Barcelona y París siguió enseñando, sus cartas eran espiritualmente didácticas y profundamente melancólicas, desde los encabezados en que leíase la divisa que se fabricó contra la ausencia: «*Loin des yeux, près du coeur!*» Y es que el maestro, por ser indio,—y a muchísima honra!—era doblemente mexicano, y no se conformó nunca con que sus últimos años se consumieran en tierras extranjeras y distantes. Donde en mi concepto hay que admirarlo más, fuera de la lírica en la que a ocasiones arrancó notas únicas, y de esa su arraigada virtud de crear y estimular a escritores jóvenes,—ya que por desdicha, nuestra característica es envidiar, y más principalmente destruir,—es en su manera de tratar la tradición y la leyenda, y en la crítica, siempre benigna, levantada y docta; hojeense, si no, sus deliciosas e instructivas «Revistas Literarias.» Su amplia preparación, solía orillarlas, entre higos y brevas, a que extremara su predilección por el aticismo, que raramente aclimatase en estas latitudes.

**

El 18 de septiembre de 1830, en esta sufrida ciudad de México que de tantos colores las ha visto, vino al mundo don José T. de Cuéllar, el más completo costumbrista que hemos tenido en nuestra literatura. A los 17 años, en unión de seis compañeros, de los que tres quedaron en la hazaña memorable, resistió el asalto de los norteamericanos al castillo de Chapultepec, en el que por varios días fué prisionero del enemigo. Más tarde, esclavó de su idiosincracia, renunció a «la gloriosa,» y sin orientación fija a los principios, en la Academia de San Carlos estudió pintura; luego, aprendió fotografía y publicó retratos de hombres célebres, con noticias biográficas, y en seguida, metióle mano a la escenografía, dotando al teatro de San Luis Potosí con una decoración de su fábrica, y a su palacio de Gobierno con un gran cuadro de las Armas Nacionales, que quizá se conserve todavía. Conveñido, sin duda, de que no llegaría a ninguna parte con esa esgrima de pinceles, el año de 48 los trocó por la pluma publicando un artículo en que se honraba la memoria de los sacrificados el año anterior por las hoces yanquis. El 50, sentaba plaza de periodista; de poeta, en el primer aniversario de la fundación del Liceo Hidalgo, y

de pro-educacionista, entrando como miembro de la benemérita Compañía Lancasteriana. A poco, se tiró de cabeza al teatro con un drama «Deberes y Sacrificios» que obtuvo aplauso grandísimo, principalmente—tercian los maleantes,—porque los productos monetarios destináronse a viudas y huérfanos de los muertos por la Independencia. Alguna enjundia tendría la pieza, supuesto que representada después en el teatro madrileño del Príncipe, por los mismos magistrales intérpretes que en México estrenáronla,—Matilde Díez, Catalina, Robreño y Mata,—Madrid ratificó y acrecentó el triunfal éxito. Entusiasmado Cuéllar, abandonóse al cultivo de los campos mentidos y tentadores de bastidores y bambalinas; pero con objeto de escapar a logrerías y abusos de empresarios, y de salvaguardar sus derechos y privilegios de autor,—no existía entonces ley alguna sobre propiedad literaria,—en su misma casa habitación, durante años centro social ameno y grato, y centro intelectual a que concurrió lo mejorcito de la época, con los diezmos y primicias de su talento,—levantó Cuéllar un escenario privado, ante cuyas candilejas sucesivamente desfiló su íntegra prole: «El Arte de Amar,» «El Viejito Chacón,» «¡Qué lástima de Muchachos!...» A su pastorela sobre el Nacimiento de Jesucristo dispensáronle acogida tan halagüeña, que a petición del público hubo de representarse en el Teatro Principal que ofrecía mayor cabida. Hasta José Zorrilla, el inmortal bardo español tan desagradecido e injusto para con México, que lo hospedó y trató cariñosísimamente, le enderezó a Cuéllar verbosa y laudatoria epístola, en la que lo menos que le dijo, fué: «...el género de «la pastorela, tan descuidado hasta hoy, se ha elevado en sus matices a la altura de su divino asunto, y esta manera digna de presentarla es un servicio hecho por Ud. a la literatura sagrada... «Ud., de quien el público mexicano conoce ya algunas obras dramáticas y cuyo ingenio ha sido aplaudido en algún teatro de Madrid, es autor que puede caminar sin andaderas por el campo del arte... El ingenio español, si es que yo puedo osar suponer que «lo represento en este país, saluda cordialmente la aparición del «ingenio mexicano...»»

La obra teatral de Cuéllar que alcanzó más sonada victoria, es «Natural y Figura,» representada en el Teatro de Iturbide, en la que duramente se flagela a los mexicanos extranjerizados, en lo general, y a los afrancesados, muy en lo especial; como la representación llevóse a término cuando el Imperio, delante de la oficialidad del ejército invasor, produjéronse tal excitación y tama-

1—Los «Contemporaneos,» por Francisco Sosa.

ño alboroto, que la autoridad la prohibió. Los patriotas y los amigos de Cuéllar no pararon hasta conseguir que la prohibición se levantara, y vista entonces la enorme demanda de localidades, hízose preciso apelar al Teatro Nacional.¹ Dice Francisco Sosa en su sesudo y útil libro de consulta «Los Contemporaneos,» que Cuéllar fué un emprendedor infatigable, gran laborioso, miembro de la Gregoriana y de otra porción de agrupaciones; periodista político y festivo que colaboró en casi todas las hojas nacionales, en «La Producción Nacional» de España, y el «Nuevo Mundo,» la «América Ilustrada» y «El Comercio del Valle» de los Estados Unidos. Y sin embargo, toda esa labor incesante y magna se opaca y empequeñece si se la compara a su labor trascendental como novelista de costumbres. Lanzóse al género con una histórica «El Pecado del Siglo,» en que se describe el virreinato de Revillagigedo a las postrimerías del XVIII. Es de escasa importancia y muy mediana factura.

Su pedestal y su blasón fincan en «La Linterna Mágica,» título general de las siguientes obras que la integran y que él firmó con el popular pseudónimo de *Facundo*: «Ensalada de Pollos,» «Historia de Chucho el Ninfo,» «Isolina la ex-Figuranta,» «Las Jamonas,» «Las Gentes que son así,» «Baile y Cochino...» «Los Mariditos,» «Los Fuereños» y «La Nochebuena,» en las que, con excepción del estilo descuidado más de lo que fuera de esperar, todo resulta amable y definitivo; son otros tantos lienzos de costumbres en los que no se sabe qué aplaudir más, si la fidelidad casi fotográfica de caracteres autóctonos que por sus páginas discurren y muévense, o el conocimiento hondo y sagaz que de nuestro modo de ser más íntimo y recóndito hace gala el avisado linternero. Cuéllar no es solamente costumbrista, y bueno, es también moralista; y quien lo dude, vaya y medite sus «Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales,» donde abundan, además de fundadas censuras, golpe de profecías, realizadas a poco, o realizándose aún en nuestras días. Supongo yo que Cuéllar, para sus cuadros y bocetos, bebería en fuentes de *Figaro* y Mesonero Romanos, pues del uno y del otro descúbrense influencias, pero icon cuánto talento propio supo nuestro novelista reproducir su medio!

Es regocijado sin chocarrería, poco sentencioso, ameno y breve; avaro de las descripciones pormenorizadas que a las veces habían, y enemigo de lo grotesco. Defectos e imperfecciones de seres y cosas, señálalos con pincelada feliz y rápida; esquivar el hacer frases, antes suele dislocar el discurso; concrétese a dar un la pi-

1 *Ibíd.*

zazo que, en ocasiones, rasga la piel y encona la superficial herida, o a señalar un vicio con guiños y lenguaje de *golfo* ineducado. En lo único que ahonda, es en nuestras lacras sociales, aunque después del ahonde indica el antídoto, o lo que supone remedio y específico. Adolece, no obstante, de un mal imperdonable: es frío y poco sensitivo, no sufre con los dolores que retrata, así lo jure y perjure por bien parecer. Hizo, pues, santamente en bautizar su obra de *linterna mágica*, que sólo refleja en muros o mantas insensibles, los vidrios pintarrajeados que pasan por el objetivo enfocado diestramente. Aun nos hallamos lejos del cuadro al óleo en que los grandes artistas vuelcan su alma y pintan risas, gritos y lágrimas, que al través de los siglos siguen viéndose y escuchándose. ¡El alma humana, al fin y al cabo, es y ha sido la misma desde el Génesis!

También escribió, fuera de la serie, una novela que se llama «Gabriel el Cerrajero o las Hijas de mi Papá.» Yo no la conozco, pero nada bueno auguro de tan enrevesado nombre apelativo. Luego, Cuéllar entró en la diplomacia, y por una década sirvió de primer secretario en nuestra legación de Washington. A su regreso, llegó a Subsecretario de Relaciones Exteriores, y a la postre, vencido de ancianidad y de ceguera, murió el año de 1894.

Asegúrase que dejó obras inéditas, en cuenta una colección de apólogos tecnosóficos, que alármanme a pesar mío, por lo que pudieran menoscabar su envidiable y bien sentada fama, más importante para el estudio de nuestra formación social, conforme los tiempos van transcurriendo y transcurriendo.

Por extraña coincidencia, que yo encuentro simpática y significativa, la mañana del 9 de julio de 1868 nació en la casa número 25 de la calle del Puente Quebrado, a dos casas de distancia de la en que falleciera el Pensador Mexicano, el novelista y prosador Angel de Campo, a quien los lectores de la República conocen más, bajo su simbólico pseudónimo de *Micrós*. Mejor apercebido que Cuéllar, porque surgió después, con un instinto artístico mucho más definido y exquisito, y una tierna sensibilidad, fiel espejo de su temperamento neurópata y de par en par abierto a todas las compasiones, se presentó este delicioso autor de cuentos, novelas y artículos literarios.

Compañeros él y yo, desde rapaces, en el instituto de don Emilio Baz, podría enumerar porción de menudencias que resul-

tarían insípidas e inconsistentes, supuesto que nadie comparte con los interesados la dulcedumbre de revivir los inolvidables goces y deleites que acarrear las infancias fugaces y las juventudes que no vuelven nunca, y que todos hemos tenido, alguna vez. Allá, en los duros bancos de la escuela, que la magia del recuerdo en blandos transmuta, pude percatarme de lo tempranera que fué la vocación literaria de Angel de Campo: sus balbucesos iniciales aparecieron en un periodicucho fundado por alumnos del Colegio. Ya en aquellos tiempos, despuntaba *Micrós* observador y grande amigo de la lectura. Crecimos, y nuestras vidas se separaron, aunque no tanto que no pudiera advertir, al regreso de mi primera expatriación, que la juventud de Angel obsequiábalo con menos rosas que espinas. Resignado y paciente, a solas devoraba sus acíbares, y con valentía insospechada dentro de su organismo menudo y débil, enfrentóse a las tribulaciones, a la orfandad prematura y a la escasez de recursos. Sin exhalar una queja, sin divulgarlo, echó encima de sus hombros flacos la ruda carga de constituirse padre de sus hermanos, a los que dejó domiciliados en el matrimonio y en el honor. Andan por ahí, portados dignamente, unos galones artilleros que responden al apellido de de Campo, y que todavía se enternecen y vibran cuando rememoran las bondades y rectitudes fraternales del novelista muerto. Fué, en efecto, la existencia privada de *Micrós*, línea luminosa y recta; y a diferencia de nosotros sus íntimos, de mí a lo menos, jamás cayó, ni temporalmente, en vicio alguno de los tantos que, a manera de sirtes, manchan, cuando no desmantelan, las naves juveniles. *Micrós* no, no oía de ese lado; aun revestía, explotando su larga nariz y sus anteojos inquisitoriales, aspecto de dómine, para afearnos nuestros exuberantes procederes y devaneos. Harto se me alcanza que puridades tales no vienen a cuento en los juicios de residencia de artistas y hombres públicos; mas como *Micrós*, por injusticias de la suerte y congénita incuria de su tierra y de sus conterráneos, careció de biografía,—que no la es, pasarse una corta vida frente al pupitre de un Ministerio,—bueno es sacar estas cosas a la calle, para enseñanza y ejemplo de quienes suponen que artista es sinónimo de irregular, bohemio y manirroto. A fuerza de honradez y energías, en cuanto hubo establecido a sus hermanos, *Micrós*, que era en el fondo un amoroso tímido, edificó su nido, y a fines de octubre del 904, contrajo nupcias. Celoso de su dicha, aislóse de amigos e indiferentes, aunque sin soltar la pluma, su perenne bienamada, la única hembra perpetuamente preferida a los hermanos y a la esposa, no obstante lo que la pluma

tiene de tornadiza, ingrata y cruel para con sus más fieles cortejos.

El abolengo literario de *Micrós* es indudable, desciende directamente de Carlos Dickens y Alfonso Daudet; posee los defectos y excelencias que singularizan al novelista de Landport y al novelista de Nimes, su minuciosidad y conmiseración hacia los desgraciados, y hasta hacia los animales; como al autor de la «Bleak House» puede reprochársele que su estilo no llegue a clásico, que a las veces sea vulgar aunque ampliamente compensado por lo exacto y pintoresco de la expresión; y como al autor de «Sapho», una sensibilidad indiscreta de cuando en cuando, estilo inquieto y febril, falta de equilibrio y plenitud, hasta de regularidad gramatical. En cambio, puede decirse de él todo lo bueno que de aquellos maestros hase dicho y repetido. Siendo *Micrós* el continuador de Fernández de Lizardi, y más inmediatamente de Cuéllar icuán atrás deja a entrambos, y cuál se palpa que nos hallamos frente a un artista completo, más afinado, más culto, con una maestría hartó superior, espontánea y adquirida, para manejar los útiles del oficio! *Micrós* no sabe ver colectividades ni multitudes, su campo de observación es reducido, individual, pero dentro de sus términos, yo no sé hasta la fecha, de rivales que osen enfrentársele. En rigor, *Micrós* fué un *cuentista*, mas como quiera que en todo *cuentista* hay potencialmente un novelista, y él con su «Rumba» llegó a los altos dominios del género, de novelista, y muy talentoso por añadidura, nadie podrá bajarle un punto. Más que de costumbrista, de impresionista hay que calificarlo; dado que en lo que sobresalía era en la pintura de lo que de algún modo impresionaba su ánimo. A este respecto, Luis Urbina declara que: «*Micrós* poseía una facultad retentiva verdaderamente estupenda; lo que él veía quedaba para siempre grabado en «su cerebro como en una placa fotográfica.... Sus negativas, las «retocaba con mano de artista; con elementos reales componía cuadros imaginativos, pero su reproducción no era simple y sin objeto, sino intencionada y simbólica; dentro de su ligereza epigramática y zumbona, había un fustigador de vicios e injusticias «sociales, y aquí, en el moralista, aparece un aspecto peculiar de «*Micrós*, quizá el más distintivo y característico: el de la ternura, «el de la piedad, el de la misericordia.... almas de niños y almas «de mujeres eran su predilección....»

Y Antonio de la Peña y Reyes, añade: «En Ángel de Campo «todo es natural, todo es sincero, todo es espontáneo. Había nacido para observar, y fué un observador admirable; estaba hecho

«para describir, y de su pluma surgían radiantes de vida escenas, «costumbres, hombres, lugares, todo lo que nosotros hemos visto «y que él describía con exactitud pasmosa y donaire inimitable... «Era *nuestro* completamente, se había penetrado como pocos de «cuanto constituye la parte típica de nuestra sociedad....»

Cuatro libros impresos testó *Micrós*, y en todos palpita una infinita piedad: «Ocios y Apuntes,» «Cosas Vistas,» «Cartones,» que ilustró el malaventurado de Julio Ruélas, y su novela «La Rumba,» en la que alcanzó a dar tales toques de verismo, que al lanzarla primero en folletines de «El Nacional», miles de lectores creyeron que el «jurado» que en ella describese a propósito del *Crimen de la calle de las Maravillas*, había sido real y no imaginado. De súbito, *Micrós* desapareció, para reencarnar en el *Tick-Tack* de las «Semanas Alegres» de «El Imparcial,» y en el *Bouvard y Pécuchet* con que indistintamente firmábamos él y yo una colaboración literaria para cierto periódico de modas que editó Buxó. Pero la verdadera causa del eclipse de *Micrós*, de que no siguieran a «La Rumba» hasta dos hermanas menores que conocí en manuscritos, «La Sombra de Medrano,» principalmente, que es una preciosidad, está en la despiadada campaña que el grupo «modernista» inició contra Ángel de Campo y algunos más. Ellos, los «modernistas,» dentro de sus preciosismos y truculencias, salvo la poda sanitaria consumada para desterrar los vulgarismos ya naturalizados en nuestra habla, nada dejaron, digo, sí, nos dejaron sin las muchas más joyas con las que holgadamente habría enriquecido *Micrós* la novelística nacional. Carguen ese pecado en su conciencia, muy más ligero, aunque grave, que los aplausos con que cargó *Micrós*, casi cuarentón, a su tumba del cementerio de Dolores, hacia la que se partió el 8 de febrero de 1908.

¿Cuál será el Ministro de Bellas Artes que complazca el deseo público de ver decorosamente editadas las obras completas del fecundo humorista?... Sus amigos, cumplieron ya con el piadoso deber de levantarle un monumento en su sepulcro; ¡cumpla la nación el suyo y levántele el sólo digno de un escritor, el monumento impreso que es el único imperecedero!

Ponía yo punto a lo que queda dicho, cuando hasta mi mesa de trabajo llegóme la fúnebre nueva del fallecimiento de Juan Antonio Mateos, decano de los literatos nacionales y uno de los más activos obreros de la pléyade. Hay que agregar su nombre a la